

Maria Fogler

Doctora por la Universidad de Zaragoza
mariefo44@hotmail.com

Las diferentes perspectivas de lo femenino en la obra de María Zambrano

Different perspectives of the Feminine in Maria Zambrano's Work

Resumen

El tema de lo femenino es uno de los temas más ambiguos y contradictorios en la obra de María Zambrano, dados los diferentes enfoques y contextos de su aparición. En este artículo se definirán y analizarán dos principales perspectivas desde las que se acerca la filósofa a este tema: las de escribir *sobre* y *desde* lo femenino.

Palabras clave

Lo femenino, lo masculino, cultura occidental, razón poética, lo inefable.

Abstract

The topic of the feminine in María Zambrano's work is one of the most ambiguous and contradictory concepts due to different approaches and contexts of its appearance. In this article I will define and analyse two principal perspectives of Zambrano's approach. They are to write *about* and *from* the feminine.

Keywords

Feminine, male, Western culture, Poetic Reason, ineffable.

Recepción: 18 de abril de 2016
Aceptación: 5 de julio de 2016

Aurora n.º 17, 2016, págs. 44-52
ISSN: 1575-5045
ISSN-e: 2014-9107
DOI: 10.1344/Aurora2016.17.4

1. Por la relevancia del tema, y solo a título de ejemplo, limitándome a trabajos relativamente recientes, remito los artículos aparecidos en el n.º 13 (2012) de la revista *Aurora. Papeles del «Seminario María Zambrano»*: Johnson, R., «El concepto de "persona" de María Zambrano y su pensamiento sobre la mujer», pp. 8-17. Laurenzi, E., «Desenmascarar la complementariedad de los sexos. María Zambrano y Rosa Chacel frente al debate en la *Revista de Occidente*», pp. 18-29. Balza, I., «Mujeres de Zambrano: desterradas, errantes, hechiceras», pp. 80-88.

El tan apreciado por María Zambrano símbolo del agua describe muy acertadamente el carácter de su pensamiento, en el cual todo fluye, sometido a una continua metamorfosis. Es evidente su rechazo a las ideas fijas, al hecho de operar con definiciones acabadas y cerradas. Una idea puede, casi debe, tomar diferentes formas y sentidos, dependientes del contexto, de la perspectiva o simplemente de la época en la que aparece en los escritos de la filósofa. Así le sucede al tema de lo femenino, tan ambiguo y a veces hasta contradictorio en los diferentes fragmentos del pensamiento zambrano.¹ Creo que la muy evidente diversidad, sobre todo entre los tempranos y tardíos textos que abarcan el tema de lo femenino, se debe en gran parte justamente a la perspectiva desde la que la filósofa se acerca al tema de la mujer. Según mi opinión, generalizando y sin pretender agotar esta cuestión tan compleja, estas perspectivas son principalmente dos: las de escribir *sobre* y *desde* lo femenino.

Tanto los primeros textos zambranianos de finales de los años veinte, donde aparece el tema de la mujer, como las conferencias de La Habana de principios de los años cuarenta y sus cruciales artículos sobre lo femenino de mediados de los años cuarenta,² tienen el claro propósito de expresar directamente sus ideas en cuanto a la cuestión femenina. Intentaré presentar sus elementos más característicos y esenciales para este análisis.

«Por estas breves columnas irán pasando en lenta procesión, sin empaque, todas nuestras preocupaciones, nuestros problemas, que están ahí ante nosotros».³ Esta declaración aparece en el primer artículo de Zambrano en *El Liberal*, donde en el año 1928 la filósofa publica una quincena de textos en una columna titulada «Mujeres». Son estos artículos los primeros donde —junto con otros problemas vigentes— aparecen comentarios de Zambrano sobre la cuestión femenina. Este asunto se enmarca en la necesidad de cambio, postulada por la nueva generación, a la que pertenece la filósofa. La lucha por los derechos de las mujeres, por su dignidad como personas, entra en el proyecto de un cambio general, propuesto por esta generación. Al escribir sobre las ideas comunitarias, Zambrano llega al tema de la igualdad, que aparece en el contexto de la obligación de todos de hacer política.⁴

La filósofa critica abiertamente la situación de la mujer en España, sobre todo su total ausencia en la vida pública. Sin embargo, indica a la propia mujer como a una de las responsables de esta situación, con su actitud enfocada a lo doméstico, privado y particular.⁵ Será esta perspectiva íntima, tan femenina según la filósofa, la que habrá que incluir en la actuación pública de las mujeres para que no pierdan su identidad femenina. Su rol es justamente el de reconciliar dos realidades: la doméstica y la pública. La idea de lo femenino como impulso renovador e integrador se irá desarrollando a lo largo de la filosofía de Zambrano en varios aspectos, de los cuales el social realmente desaparecerá bien pronto. Sin embargo, en esta propuesta de «un mundo mejor» creado por la nueva generación, la mujer tendrá que ser un *todo*: la madre y la trabajadora, el pilar del hogar y la persona cívica, la mediadora y la revolucionaria. Más que buscar el camino hacia la emancipación, tendrá que ser un ejemplo de integración personal, de un esfuerzo de emprender el desarrollo de la *civitas*, de un continuo crecimiento personal. Sorprende, por tanto, que en los siguientes escritos políticos y sociales de la filósofa, como es el libro *Horizonte del liberalismo* (1930) o sus escritos de la guerra civil, el «tema de la mujer» no aparezca. Zambrano abandona el discurso feminista de los primeros artículos para escribir sobre lo humano en general, preparando una base para su gran propuesta ética de persona como un ser integrado y completo.

En este contexto parece difícil entender y provoca consternación su tesis sobre el puesto de la mujer en la vida de un hombre, presentada en su artículo «Lou Andreas Salomé: Nietzsche» (1933). Es una

2. Me refiero a los artículos «Eloísa o la existencia de la mujer» (1945) y «Sobre la Grandeza y servidumbre de la mujer» (1947). En este artículo, dada la limitación de su extensión, no incluiré los análisis de los textos zambranianos enfocados a los personajes femeninos en la literatura española, como por ejemplo «Misericordia» (1938), «La mujer en la España de Galdós» (1942) o «Lo que sucedió a Cervantes: Dulcinea» (1955), entre otros.

3. Zambrano, M., «Nosotros creemos...» en *El Liberal*, 28 de junio de 1928, p. 3; todos los artículos de *El Liberal* los estoy citando del libro: Zambrano, M., *La aventura de ser mujer*, ed. J. F. Ortega Muñoz, Málaga, Veramar, 2007, p. 80.

4. «Y en este sentido, todos —hombres y mujeres— estamos obligados a hacer política», *ibid.*, p. 82.

5. «Es la actitud de la mujer, siempre pronta a naufragar en lo doméstico, a adscribirse a perpetuidad a unos lares con exclusión absoluta: es su ausencia de la vida ciudadana lo que nos preocupa a quienes esperamos con impaciencia la plena “entrada de la mujer en el imperio de la dignidad”», *ibid.*, p. 89.

6. Zambrano, M., «Lou Andreas Salomé: Nietzsche» en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 186.

7. *Ibid.*

8. «(...) no es que el tema de la mujer nos interese más que ningún otro, sino que es la situación de la mujer que lleva consigo y no puede desprenderse de la del hombre en su aspecto más esencial, en el creador y en el íntimo. O, mejor dicho, hablar de la situación de la mujer en cualquier época supone hablar de una de las capas más profundas, de los estratos más decisivos en la marcha de la cultura», Zambrano, M., *La aventura de ser mujer*, op. cit., p. 116.

9. «El hombre es hombre por la palabra que dice la verdad», *ibid.*, pp. 117-118.

10. «La mujer es la continuidad gris, monótona y, por ello mismo, poética de la vida, es la continuidad de la sangre, la cohesión social en su monotonía tan llena de indiferencia como cualquier otra divinidad antigua. Es centro de la fluencia histórica de lo humano, lo no histórico, lo más parecido a lo inmutable, es decir, a lo natural», *ibid.*, p. 118.

reseña que la filósofa hace del libro de Salomé sobre el filósofo alemán. Criticando la actuación de dicha autora que, según Zambrano, a lo largo de su libro intenta justificar su abandono de Nietzsche, demostrando que el filósofo estaba predestinado a la soledad, dice: «¡Tremendo destino es para una mujer no poder detenerse, no aceptar elevar su feminidad a norma luminosa, aquietadora y adelantadora de la vida de un hombre!».⁶ Y un poco más adelante añade: «Si es algo la mujer en la vida de un hombre como Nietzsche —quizá, de todo hombre— es creadora de *orden*. Ordenar graciosamente la barbarie de los instintos, la selva del sentimiento, la contradicción de los anhelos fue la misión que declinó Lou Salomé frente a Dionysos germánico. Sin generosidad, para penetrar en el círculo de su vida, y sin vocación para colocarse de un salto arriba, alta, quieta, lejana».⁷

Esa actuación servil de la mujer como un tipo de actitud adecuada en cuanto a la relación con la vida de un hombre, para de esta manera otorgar importancia, y quizá sentido, a su propia vida, es algo difícil de aceptar, incluso teniendo en cuenta los siguientes artículos sobre ese tema, en los que la filósofa suaviza y amplía el contexto de semejante tesis. Me refiero a las conferencias de La Habana, en las que Zambrano analiza las apariciones de lo femenino en la cultura occidental y que encuentran su culminación en el artículo «Eloísa o la existencia de la mujer».

Los puntos de referencia para el análisis zambraniano de la forma en que la mujer existía —o, más bien, se expresaba— en la historia de la cultura occidental, son tres épocas: Edad Media, Renacimiento y romanticismo. El tema femenino es para Zambrano como un impulso para hablar sobre la condición de toda una cultura.⁸ El eje de la reflexión consiste en la dualidad, la desintegración y la separación originaria entre ambos sexos, a modo de la separación entre filosofía y poesía, que podría considerarse como la base fundadora del pensamiento zambraniano. Es la dualidad de lo histórico y prehistórico, lo racional y lo vital, el espíritu y el alma, y, por fin, el hombre y la mujer. De hecho, es la vuelta de la mirada hacia los orígenes para encontrar el camino hacia la futura unidad. Para Zambrano, los orígenes del mundo occidental están por un lado en la Grecia antigua y por otro, en el cristianismo. Y es allí, en los principios, donde aparece por primera vez la radical divergencia entre el hombre y la mujer. Es lo primero que encontramos en Grecia, donde el ser humano empieza a definirse racionalmente, usando la filosofía como un método. Lo esencial es el logos, que es la revelación de la verdad por la razón y la palabra.⁹ El quehacer del ser humano es conquistar la verdad racional mediante un esfuerzo metódico. Ahora bien, la cuestión es que la mujer permanece fundamentalmente al margen de esta actividad. Según Zambrano, ya en Grecia lo esencialmente femenino es lo que pertenece a la naturaleza. Por lo que tiene un sentido cósmico y no racional. Lo femenino es lo que mantiene la vida, el fluir de la vida humana.¹⁰

La definición del ser humano como un ser racional lanzado hacia la verdad cambia con la llegada del cristianismo. Ahora la categoría central es la creación.¹¹ Pero la creación significa también libertad. Se abre ante el ser humano un vacío infinito o más bien la nada, que contiene la posibilidad de creación —o mejor dicho: la necesidad de creación; pues según Zambrano lo más terrible de la condición del hombre cristiano es que es necesariamente libre—. El hombre necesita crear por la nostalgia, por la conciencia de lo que le falta; «no tiene solamente lo que tiene ante sí, ni se conforma con lo inmediato, sino que precisa de lo que no tiene».¹² En este contexto la mujer parece estar mejor dotada; por estar más cerca de la naturaleza tiene menos necesidad de buscar y crear lo que le falta. La mujer se atiene a lo que hay: «Puede resignarse mejor a vivir con aquello con que se encuentra cuando nace. Su vida es menos dolorosa, y nunca llega a la soledad terrible, a la soledad metafísica del hombre de donde nace la filosofía. Filosofía es igual a creación».¹³

Puede sorprender la contundente declaración de Zambrano: la filosofía es el ámbito del hombre y la mujer, al parecer, no necesita la creación filosófica. Esta idea cambia de matiz teniendo en cuenta el postulado central del pensamiento zambraniano que es un nuevo tipo de razón —la razón poética— que, según la filósofa, es la única solución posible para la reanimación o más bien resurrección de la filosofía moderna. Esta es resultado del *ratiocentrismo* europeo, que en este contexto se podría llamar «masculino». Sin embargo, algún tipo de conflicto entre lo que se podría denominar «pensamiento» y «lo femenino» está presente en la obra zambraniana desde el principio y quizá no se trata simplemente, aunque acaso haya que tenerlo en cuenta, del «conflicto interior» de la propia Zambrano en cuanto al hacer filosofía, declarado en varias ocasiones.¹⁴

En el análisis zambraniano de la cultura occidental la presencia de las mujeres está estrictamente unida a la creación masculina. Tal es la mujer ideal —y el amor ideal— en el sentido idealista medieval. El fundamento de este idealismo está en la combinación del racionalismo griego con la libertad cristiana. Y, por tanto, es terriblemente masculino en su carácter. El rol de la mujer es no desmentir la idea que tiene de ella el hombre.¹⁵ Por otro lado, declara Zambrano que en la cultura medieval expresarse a sí misma significa en el caso de la mujer confesar su amor, porque en esta época la vida de la mujer está inseparablemente unida al amor. La mujer en la visión de Zambrano es percibida como un ser alógico, sentimental, y así también se expresa a sí misma: «No se ha definido, como el hombre, intelectualmente, lógicamente; la mujer es criatura alógica, que crece y se expresa más allá de la lógica o más acá, nunca dentro de ella».¹⁶ Se podría decir que la creación masculina dominante en la cultura europea empuja a la mujer a la existencia muda, subterránea, dejándole como la única posibilidad de expresarse a sí misma el amor, que según Zambrano es una pasión humana muy unida a lo

11. «El hombre es a semejanza de Dios y Dios es creador ante todo», *ibid.*

12. *Ibid.*, p. 120.

13. *Ibid.*

14. Véase, por ejemplo, la nota preliminar a la reedición de *Hacia un saber sobre el alma*, *op. cit.*, p. 9; o el prólogo a *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 9. También en su autobiografía *Delirio y destino* menciona en varias ocasiones sus crisis respecto a la vocación filosófica. Parece claro que, en gran medida, este rechazo a la filosofía está unido a la definición que hace la filósofa de esta disciplina.

15. «A la pureza, ideal, absoluta, corresponde la realidad ética de la honestidad; y la realidad no menos importante por su alto sentido estético que es la “quietud”, lo que una dama tiene que hacer, una novia, es estarse quieta, no desmentir con su movimiento y su actuación la idea que ha engendrado en la mente masculina. El alto reinado a que ha ido ascendido se le concede a cambio de no actuar, de no ser por sí misma», Zambrano, M., *La aventura de ser mujer*, *op. cit.*, p. 121.

16. *Ibid.* Esta definición de la mujer puede causar, como mínimo, una cierta incomodidad, incluso teniendo en cuenta la explicación de Juan Fernando Ortega Muñoz incluida en su prólogo a la edición de los textos de Zambrano sobre la mujer: «No se refiere nuestra autora a una minusvaloración de la capacidad intelectual de la mujer cuando nos dice que es una “criatura alógica”, sino que lo que nos quiere decir es que su lógica no se desenvuelve en el campo esquemático y abstracto de una idealidad puramente racional, sino en el campo más complejo de una razón sintética que comprende la totalidad del ser humano», en: M. Zambrano, M., *La aventura de ser mujer...*, *op. cit.*, pág. 27.

17. *Ibid.*, p. 124.

18. «La creación tiene el poder de absorber el sentimiento de donde parte», *ibid.*, p. 126.

19. *Ibid.*

sagrado, prefilosófico y preverbal, cuyo objetivo es recuperar la unidad perdida.

La confesión femenina más importante para Zambrano, y a la vez para el análisis de lo que entiende la filósofa por «lo femenino», es la de Eloísa, una mujer enamorada, que al condenarse a ser monja, obtiene la posibilidad de expresarse y, a la vez, de transformar su amor en un amor que lleva al conocimiento. Según Zambrano, Eloísa se enamora de la palabra, se somete a su seducción, a este «raro hechizo de la filosofía». ¹⁷ Está enamorada de la virilidad que se muestra en el pensamiento. Y esta es la causa de su sacrificio total; se sacrifica por un hombre que realiza su virilidad pensando, lo que más diferencia al hombre de la mujer. El hombre es el espíritu, que es la inteligencia, razón, pero también instinto y la mujer es el alma, el alma que se esclaviza. El espíritu pretende descubrir las leyes de la creación, se revela y se manifiesta. El alma vive cautiva y hermética y en el caso de Eloísa se esclaviza a la razón. El hombre crea objetivamente, va más allá de su propio sentir y por eso se salva. ¹⁸ Universaliza su situación, la impersonaliza, mediante la actuación típica para el espíritu. La mujer, por pertenecer al mundo del alma, es incapaz —o simplemente no quiere— desprenderse de sus sentimientos y objetivarse. Pero Eloísa consigue hacer de su amor a Abelardo una creación, algo entendido por ella como el superar su condición femenina, tal como escribe a su amante, y cita Zambrano: «Tu amor me ha elevado por encima de mi sexo». ¹⁹ No parece la «superación de la condición femenina» el precio adecuado para poder expresarse en una creación. Tampoco parece ser lo que realmente quiere expresar Zambrano.

Sin embargo, lo que parece hacer la filósofa en la descripción histórica del puesto de la mujer en la cultura occidental es reducir la visión de lo femenino a lo opuesto —entendido como lo complementario— de lo masculino. La mujer no puede alcanzar su existencia verdadera sin amar, cuidar o neutralizar a los hombres. De esta manera, lo masculino empieza a ser inevitablemente necesario para la existencia de la mujer. Por tanto, Zambrano misma parece sugerir la dependencia de las mujeres de lo masculino. Obviamente no es esta su intención, teniendo en cuenta que el problema crucial en el caso de los géneros, según declara la filósofa, es que la ontología de lo masculino y de lo femenino no se ha ido desarrollando paralelamente, sino que desde los inicios de la cultura occidental se ha desarrollado solo la versión masculina, pretendiendo ser una creación objetiva y universal, mientras que lo femenino se quedó sin expresión, o más bien, con una expresión falsa. Esto condenó a la mujer —y con la mujer al alma y al amor— a una existencia fantasmagórica. Lo que realmente pretende expresar Zambrano en este contexto no es tanto la necesidad de construir una expresión femenina basada en su propia ontología, sino explicar por qué esa expresión ha sido imposible y designar el hecho de no expresarse en los «registros masculinos» como un valor positivo.

La mujer está ausente en la historia de la cultura occidental, porque esta exige una objetividad, que la mujer no puede alcanzar sin dejar su identidad real unida al alma, a la vida, a lo opuesto al logos racionalista y, de hecho, no expresable con las categorías de este logos.²⁰ Quizá es justamente esta falta de desarrollo de las herramientas filosóficas para describir lo femenino lo que, a su vez, imposibilita a la misma Zambrano la descripción adecuada de este problema. Y así, percibo una cierta incomodidad de la filósofa al escribir *sobre* lo femenino, aunque tal vez influya mi propia incomodidad como lectora de esos fragmentos: Es como si Zambrano se introdujera a sí misma en una trampa, entre lo que quiere decir (o lo que considera que debe ser dicho, como es el caso de sus tempranos textos sobre la mujer) y lo que realmente queda dicho; como si la propia forma, tan directa, de analizar crudamente un problema, en este caso la «cuestión femenina», imposibilitara la expresión adecuada, con sus contradicciones, que la propia filósofa denominará como «ambigüedades». Y, en efecto, es muy ambiguo el pensamiento zambraniano *sobre* lo femenino, balanceándose constantemente entre el tema de la, deseada por la filósofa, expresión femenina con toda su diferenciación de lo masculino y a la vez su decidida indicación de la natural sumisión, aún más, esclavitud femenina respecto a lo masculino.

En realidad son muchas las explicaciones que vienen a la mente para defender las ideas más controvertidas de Zambrano sobre este tema. Ante todo, hay que analizarlas en el contexto del pensamiento zambraniano, de su manera de entender diferentes temas, como el de lo racional y lo vital, el del espíritu y el alma o el de lo sagrado y lo divino.²¹ Porque dentro de este pensamiento su teoría de lo femenino representa una interpretación favorable para la mujer situándola en un espacio privilegiado del saber humano —conectado con el corazón y el alma y dirigido hacia un saber sobre lo sagrado—, mientras que fuera del ámbito de su filosofía, en el contexto de la reflexión general sobre lo femenino, puede parecer hasta discriminatoria, reduciendo a la mujer a un ser alógico, propenso a la esclavitud y al sacrificio, sin posibilidad de participación creativa en la cultura occidental. Aun así, es difícil defender los ya citados fragmentos sobre la mujer incluidos en su artículo sobre Lou Salomé o algunos otros de la misma época, que aparecen entre sus inéditos, como por ejemplo este: «Toda mujer es una sombra, ser de ser, ser nacido para otro ser, no puede alcanzar plenitud sino con él y para él. No se puede decir de la mujer que sea ella por sí misma y luego encuentre su hombre; no, la mujer solo se hace ante la presencia de aquel hombre para quien ha sido creada».²²

Por otro lado, parece evidente que al unir tan profundamente lo femenino con el alma que padece y que se esclaviza, la autora quiere demostrar que el expresarse o el realizarse a sí misma no es el sentido más profundo de lo femenino. El tratar a su ser como el

20. Zambrano indica también que la crisis histórica es el momento privilegiado en el que la mujer puede alcanzar su existencia. La historia occidental es entendida por Zambrano como la historia de la cultura masculina. Por consiguiente, cuando esta cultura pierde su estabilidad sale a la vista la subterránea fuerza femenina. En este sentido, los momentos de crisis pueden ser entendidos como unos periodos de gran fecundidad, cuando lo femenino enriquece la vida, creando una nueva dimensión. Tal es el caso del Renacimiento o del romanticismo, que la filósofa analiza en otras conferencias de La Habana, que por falta de espacio no podré analizar aquí más detenidamente. La relación entre la mujer con su historia subterránea o entrañable y la historia oficial, lo analiza Zambrano en su artículo «Sobre la *Grandeza y servidumbre de la mujer*» (1947), que podría tratarse como un resumen de sus ideas sobre lo femenino en la cultura occidental y que tampoco podré tratar con más detalle.

21. Que sirva como ejemplo de la importancia de estos temas en el caso de los géneros la siguiente cita: «Si el espíritu creador es divino, el mundo del alma —de la mujer— es sagrado, es decir no revelado», *ibid.*, p. 176.

22. Zambrano, M., «+(Génesis). Ser de la mujer» (1931) en Zambrano, M., *Obras Completas VI. Escritos autobiográficos. Delirios. Poemas (1928-1990). Delirio y destino (1952)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2014, p. 206.

23. Esta definición la estoy citando del artículo de J. F. Ortega Muñoz, titulado «Una metafísica experiencial» en *Actas del Congreso Internacional del Centenario de María Zambrano. Tomo I: Crisis y Metamorfosis de la Razón en María Zambrano*, Vélez-Málaga 2004, Fundación María Zambrano, pp. 295-307.

24. Además de Antígona y Diotima, se podría indicar también a Cordelia, Ofelia o Ana de Carabantes.

25. Es evidente la analogía entre este estado de expresión y la expresión mística, que describe Zambrano por ejemplo en su ensayo «San Juan de la Cruz (de la "noche oscura" a la más clara mística)» en Zambrano, M., *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 184-198; la poesía mística es para Zambrano la expresión más pura y cercana a la verdad, dentro de lo que cabe ser expresado.

centro u objetivo prioritario es el punto de vista varonil, heredado de la metafísica griega a partir de Aristóteles con su «Estudio del ser en cuanto ser»²³ y del cristianismo con el hombre hecho a semejanza de Dios que crea el mundo y su historia desde sí mismo. No es este el objetivo de la mujer según Zambrano. Pero sí lo es la idea de sacrificio que lleva a la transformación hacia lo sagrado, hacia la encarnación de las entrañas y hacia un incondicional padecer. Sin embargo, estas ideas empezarán a aclararse en los textos posteriores de la filósofa. Si Eloísa en su sacrificio busca todavía la libertad de la expresión de su ser, Antígona, la heroína más importante para Zambrano (dada su constante presencia durante muchos años en los escritos de la filósofa), buscará a través de su sacrificio el nacimiento de un nuevo tipo de conciencia, que se aleja tanto de la subjetividad masculina como de la femenina, dado que intenta traspasar la subjetividad misma.

Así, la filósofa encuentra una salida de este ambiguo laberinto cambiando la perspectiva. Creo que lo que realmente Zambrano quiere decir sobre el tema de la mujer aparece cuando empieza a hablar *desde* lo femenino. Se trata de los textos escritos sobre todo con la voz de Diotima y Antígona, unos textos mantenidos en el registro de la razón poética, no analítica y no definidora, la razón fluyente y en continua metamorfosis. Es entonces cuando lo femenino obtiene toda la incondicional importancia que realmente le otorga este pensamiento. En otras palabras: lo femenino se vuelve esencial para este pensamiento. Lo hace sin forzar directamente el tema, sino demostrando que sin lo femenino algo esencial no puede ser expresado, porque una parte muy importante de lo que podría llamarse la «verdad» quedaría silenciada.

Se trata de rescatar, por hacerlo expreso, lo que hasta ahora, en la filosofía racionalista occidental, se quedaba oculto por inefable a través de las formas existentes. Y esto «otro», a lo que obviamente pertenece «lo femenino», lo expresa Zambrano con su razón poética, sobre todo en forma de delirios, con la voz de diferentes personajes femeninos²⁴, evitando los registros puramente racionales o logocéntricos, los que requieren por ejemplo los ensayos filosóficos *sobre* determinadas cuestiones. Esta perspectiva requiere una nueva conciencia que, según Zambrano, realmente es «el estado auroral de la conciencia», el estado de un continuo renacer, de tránsito y de cambio, en oposición a la conciencia que fija unas categorías inmutables, unas normas rígidas, como es por ejemplo la idea del sujeto, del «yo empírico» o, en otras palabras, del «ego», el gran causante, según la filósofa, de los problemas de la cultura de Occidente y de la filosofía. Este estado de conciencia permite llegar a la expresión de la verdad sin su racionalización, sin su definición ni orden.²⁵ En ese continuo tránsito entre la vida y la muerte, entre lo poético y lo místico, entre lo femenino y lo universalmente humano, a través de diferentes voces femeninas, transmite Zambrano la conciencia de

una verdadera condición humana e indica una posibilidad de expresarla.

Así, los fragmentos escritos por ejemplo con la voz de Diotima están llenos de símbolos (repetidos a lo largo de la obra de Zambrano en diferentes ocasiones) y de escenas simbólicas, a veces llamadas «sueños», a veces «memorias de las experiencias delirantes», con la ayuda de los cuales se intentan expresar unas ideas. Es un tipo de «razonamiento» que renuncia a los conceptos en el sentido discursivo, recurriendo a imágenes y descripciones de las sensaciones a través de las cuales aparece el sentido «filosófico».

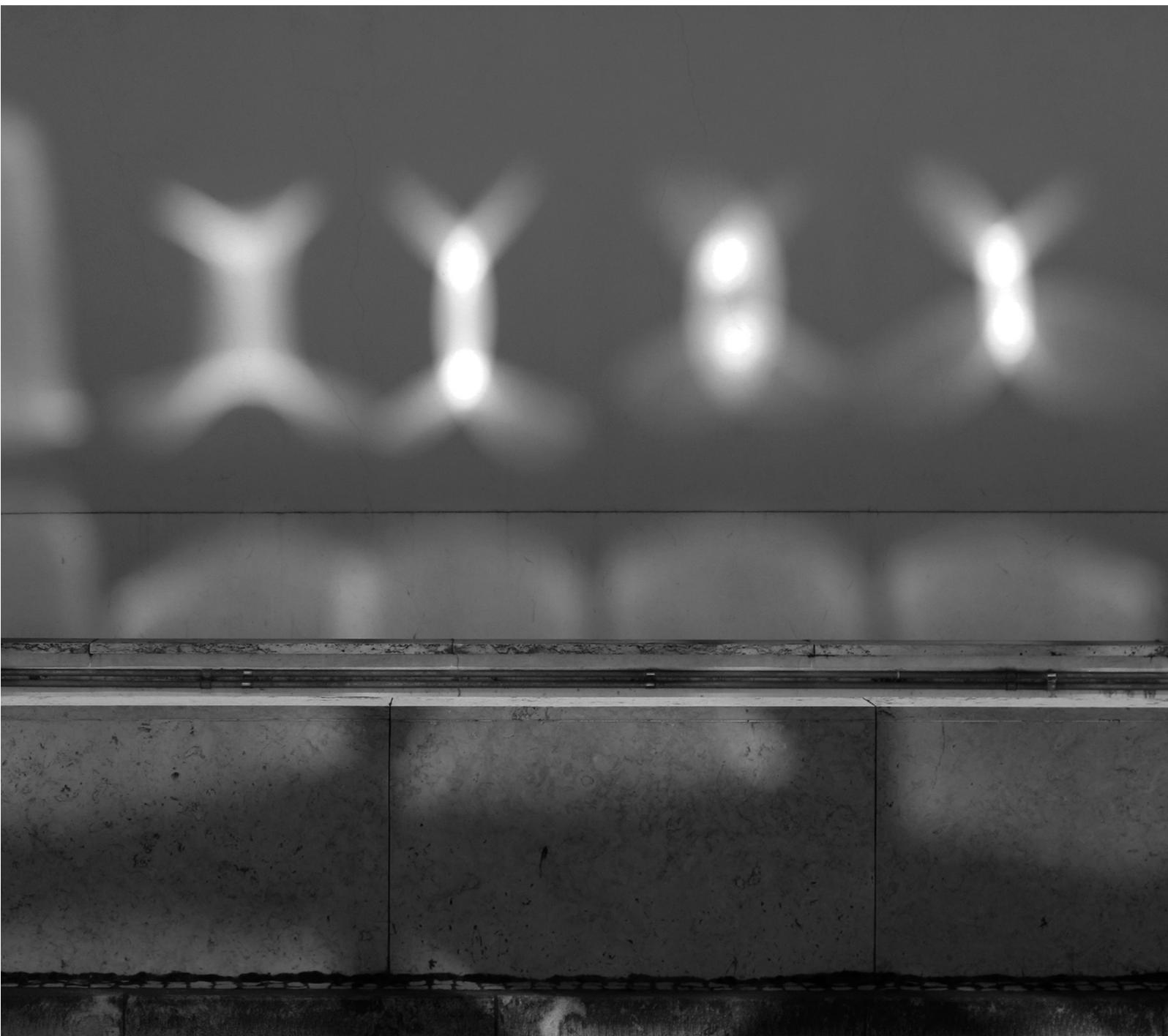
Zambrano lucha a lo largo de toda su obra por esa voz femenina suprimida en la cultura occidental y a la vez tan natural, tan presente en la vida cotidiana, en la vida real. Lucha por la expresión de esa ambigüedad no revelada, por un saber concreto, casi sensual, pero fragmentario y fugaz, sin pretensión de una síntesis concluyente y que encuentra su mejor expresión en lo femenino. Y, no obstante, y esa es una indicación que me parece muy importante, no lo hace en nombre de las mujeres; no lucha por su libre expresión, sino por ese «algo» que esta expresión contiene, que Zambrano sí lo denomina a veces como «lo femenino», pero que en el fondo lo separa de una referencia exclusiva a las mujeres. Por eso, al preguntarse a sí misma si la voz que buscaba sería la voz femenina, declara: «Yo creo que, al llegar a ciertas honduras y a ciertas alturas, la voz ya no es ni de hombre ni de mujer».²⁶

Es difícil encerrar la reflexión zambraniana sobre lo femenino en un discurso estricto, concreto y directo. Ella misma abandonó ese tipo de discurso bien pronto. Esta dificultad solo confirma la veracidad de la convicción de Zambrano de que hay ideas, o más bien verdades, que no pueden ser expresadas a través de la razón discursiva. Diotima, al igual que Antígona u otros personajes femeninos analizados por Zambrano, funcionan en este pensamiento como una metáfora, a la que nos podemos acercar, entender o presentir, pero al intentar explicarla con un discurso directo se pierde una parte, sutil pero importante, de su significado. Es un significado que se refiere a un absoluto, al que, según Zambrano, el ser humano quiere reintegrarse y en realidad lleva dentro de sí; como si adentrándose en lo más individual, más entrañable de un ser humano, se llegara inevitable y afortunadamente a lo más universal y verdadero a la vez. Es una verdad incomunicable con las palabras, pero que puede ser expresada en un cierto tipo de acción, porque, como dice la filósofa en el prólogo a los fragmentos sobre Diotima, «*luz, palabra, son dos aspectos tan solo de una identidad cuya última palabra y luz originaria han sido acción, son aspectos de la eternidad*».²⁷ Es un saber de los abismos del alma que requiere un solitario adentramiento en las propias entrañas para llegar a lo universal, a «lo otro» que «yo».

26. Zambrano, M., *Las palabras del regreso*, ed. de M. Gómez Blesa, Madrid, Cátedra, 2009, p. 296.

27. Zambrano, M., «Diotima de Mantinea (fragmentos)», *op. cit.*, p. 635; la cursiva aparece en la versión citada a lo largo del prólogo entero, dado que así lo escribió la autora para diferenciar este fragmento, que representa una reflexión de la autora, del resto del texto que está pensado como la expresión propia de Diotima.

La reflexión zambrana es fluida, fragmentaria, sin ninguna pretensión de una visión concluyente y acabada. Es evidente que ese carácter de su pensamiento tiene su base en lo que la propia filósofa entiende como «lo femenino», en el sentido de algo que une y enriquece, y no algo que divide y diferencia. Y creo que cuando mejor lo expresa es cuando escribe *desde* y no *sobre* lo femenino.



Quim Cantalozella. *Límite de luz I*,
fotografía b/n, 2016